



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 49.

JUEVES 4 DE FEBRERO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite a provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripción.

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 30 rs.

SUMARIO.

UTILIDAD DE LA GIMNASIA, por A. de Vignolles.—LA ROSA DE IVRY, (Continuacion).—EL COMPROMISO DE CASPE, (Continuacion).—MODAS DE LA ESTACION.—EL RINOCERONTE DE LAS INDIAS.—A LA MEMORIA DE DON BUENAVENTURA CARLOS ARIBAU, por J. Coll y Vehí.—LA CAZA DE LOS CASTORES.—CANCION, por Juan II (de Castilla).—LOS DUQUES DE ORLEANS.—¡BELLO IDEAL! Ilusion, por Adolfo Miralles de Imperial.—MOSEN DIEGO DE VALERA.—ACTUALIDADES.—REFRANES ANTIGUOS.

UTILIDAD DE LA GIMNASIA.

No es posible penetrar los secretos de la vida orgánica, sin persuadirse de antemano que el movimiento es su ley, primera y esencial.

En principio todo es movimiento en la naturaleza, nada es estable en el universo: solo Dios no está sujeto á esta ley: la inmovilidad se nos presenta solamente en lo absoluto ó en la nada.

En el hombre y en los animales, la vida material se manifiesta y se realiza, bien por el movimiento molecular de composicion y descomposicion del organismo, bien por los movimientos propios de cada órgano en la esfera particular de sus funciones, bien por los movimientos de solidaridad, que constituyen las simpatías entre los órganos, bien, en fin, por los movimientos totales ó del cuerpo entero.

No hay funcion fisiológica que pueda llevarse á cabo sin el movimiento; la aspiracion, y la respiracion; la absorcion, la digestion, la circulacion, la traspiracion, las secreciones, la locomocion y el desarrollo del calor; se explican por cambios de materia efectuados por medio de órganos especiales, de aparatos apropiados al objeto, ó por la accion completa de todo el organismo.

Si se considera que ningun movimiento de parte de un sistema se puede verificar sin relacionarse con el todo, preciso es convenir que el ejercicio ó movimiento voluntario, aplicado á los cuerpos, debe necesariamente modificar las funciones, y por consecuencia la vida.

Ahora bien, como la vida en el hombre es doble, corporal y espiritual, fisica y moral; como las dos naturalezas que forman esta dualidad,

y que son tan profundamente distintas en sus atributos, están sin embargo relacionadas tan íntimamente que toda accion de la una se refleja en la otra; y como, sin negar un solo instante que el espíritu sea la parte esencial del organismo, es imposible desconocer la influencia recíproca y permanente del cuerpo sobre el espíritu, se deduce lógicamente que el ejercicio corporal influye inmediatamente en el hombre todo entero, cuerpo y alma, materia y espíritu.

Partiendo de estas observaciones, es fácil comprender que este ejercicio, aplicado racionalmente, constituye un arte, el cual es la gimnasia; y que este arte, gradualmente desarrollado, influye en la educacion física, intelectual y moral del hombre; en la conservacion de la salud, en la curacion de un gran número de enfermedades, en el perfeccionamiento del individuo y de la raza.

Tal es el punto de vista elevado en que se presenta la gimnasia en el siglo XIX; tal es al menos, reasumida en pocas palabras, la teoría que nos han permitido formular nuestros estudios sobre este arte, que hemos primero practicado intuitivamente, y que despues, por una serie de observaciones y de esperiencias, hemos creido elevar á un grado de perfeccion antes desconocido.

Las instituciones gimnásticas que encontramos en la antigüedad pertenecen á sociedades partidarias de la fuerza, de la cual tenían necesidad para la conquista ó la defensa. Sabido es de todos que los antiguos legisladores miraban la fuerza física mas bien como un medio de formar soldados y atletas, que como un método de obtener hombres sanos, robustos é inteligentes. Si la gimnasia militar y olímpica fue tan ensalzada, lo debió á que proporcionaba á la nacion triunfos y victorias: por eso decayó cuando solo pudo producir Hércules estúpidos, ó gladiadores que enrojecian con su sangre la arena de los circos. Y sin embargo, ya en esta época la gimnasia médica era preconizada por los primeros genios de la medicina, por Hipó-

crates, Galeno, Celso, Diócles, Oribaso, Asclepiades, etc.; pero no existiendo aun los medios de hacer popular su aplicacion, permaneció olvidada y desapareció envuelta en el descrédito en que cayó la gimnasia atlética, cuyo abuso exagerado se miró como un atentado al desarrollo intelectual del hombre y á la práctica de las buenas y morigeradas costumbres. Y á pesar de que este fatal resultado probaba solamente que la gimnasia es tan perjudicial mal aplicada, como útil y provechosa cuando está bien empleada, se verificó contra ella una reaccion, tanto mas enérgica, cuanto sus efectos habian sido mas poderosos.

Entre la estincion de la gimnasia al concluir el mundo antiguo y su renacimiento en el siglo XVIII, una nueva civilizacion, representada por sesenta generaciones, habia venido á interrumpir el enlace de las costumbres. Durante este largo intervalo, los ejercicios corporales solo se presentan fuera de la esfera ordinaria de la vida, en los recuerdos de antiguas costumbres romanas, y en las justas, torneos, fiestas y empresas caballerescas de la edad media, que desaparecen y se estinguen á medida que las armas de fuego sustituyen á las armas de los antiguos caballeros.

Mas al final del siglo XVIII las ideas de Rousseau sobre la educacion provocaron simultáneamente en Francia y en Alemania escritos en favor de la gimnasia, y los nombres de Guthsmuths, de Basedow, de Salzmann, de Campe, de Janh, de Sestallozzi, etc., recuerdan el primer impulso que mas allá del Rhin y en la Suiza recibió el arte gimnástico. A estos nombres es preciso añadir los de Amorós y Elías, que en Francia han hecho esfuerzos dignos de elogio para introducirlo en la educacion.

Por nuestra parte, despues de haber visitado los principales Estados de Europa, despues de haber examinado con especial cuidado los métodos en ellos empleados, de haber á mas meditado los efectos que producian en nosotros mismos y en nuestros discípulos, nos hemos

convencido de que la gimnasia tal cual se enseñaba hace veinte años, y como todavía se enseña, es altamente defectuosa, antirracional, escasa de recursos é impotente para dar los resultados que de ella se esperan.

La necesidad de formar un sistema completo de ejercicios nos ha llevado á estudiar atentamente las diversas especies de movimientos del cuerpo, y á fundar, en realidad, sobre esta base un arte nuevo.

Como medio de educacion, una buena gimnasia, lejos de pretender formar forzudos Hércules, se propone formar hombres bien desarrollados, sanos y fuertes de cuerpo y de espíritu, y concurre por esto de un modo eficaz y sorprendente, en el niño como en el hombre, al desarrollo y correccion de los órganos defectuosos, á la perfeccion de las formas y de los movimientos, al aumento de las fuerzas, á la produccion de la belleza, de la gracia, de la dulzura, de la sensibilidad y de la moralidad; á la solidez y vigor de todas las operaciones del espíritu; dispone á resistir á todas las intemperies de las estaciones, las variaciones del clima, á soportar todas las privaciones y contrariedades de la vida, á vencer todas las dificultades, á triunfar de todos los peligros y de todos los obstáculos; á rendir servicios útiles á la sociedad y al Estado; en una palabra, á la plenitud de ese bien supremo que llamamos la salud.

Un sabio profesor de medicina, Mr. Michel Levy, ha escrito en su tratado de higiene estas notables palabras: «El problema de la educacion es la balanza de las fuerzas físicas y de las facultades intelectuales, y éste no se puede obtener sin la ayuda de una gimnasia obligatoria, variada, adaptada á cada edad, alternada con los trabajos de la inteligencia, y atendida y recompensada en los concursos anuales como de igual importancia que los estudios literarios. Despues de la invencion de las armas de fuego, se han olvidado demasiado los poderosos efectos de un ejercicio regular, habitual, enérgico: la variedad de ocupaciones, la fatiga del cuerpo, la cultura del alma, los principios morales y religiosos; tales son los medios que es preciso oponer á cierto vicio que se ceba en los niños y adolescentes de ambos sexos.»

¿Y qué diría Mr. Levy si viese constituciones débiles, endebles, demacradas, cerebros ineptos, destruidos hasta el último extremo, restaurarse casi milagrosamente por el influjo bienhechor de la gimnasia, que moraliza al individuo, al mismo tiempo que le reanima?

Por lo que toca á la higiene ó conservacion de la salud, nosotros podemos oponer, con grandes esperanzas de éxito, á un sinnúmero de enfermedades nuestra gimnasia metódica, bien moderada, bien enérgica; así por ejemplo, la medicina considera la falta de ejercicio como una de las causas mas terribles de la tisis pulmonar: y en efecto, hemos tenido la suerte de combatir victoriosamente esta funesta enfermedad en personas que los médicos nos enviaban, y cuyo temperamento linfático ó escrufuloso se modificaba visiblemente á los pocos meses de ejercicios gimnásticos.

Sabido es tambien que la falta de ejercicio basta por sí sola para producir la enervacion de los órganos, las dificultades en la circulacion, la predisposicion á las obstrucciones de los órganos del pecho, y otras muchas enfermedades producidas por las profesiones sedentarias ó faltas de actividad. Todas se precaven por la gimnasia. De igual manera restablece, cuando es preciso, por una serie de ejercicios calculados, el desequilibrio que hayan podido producir las costumbres viciosas ó los movimientos especiales á ciertas profesiones. Bajo este punto de vista, la gimnasia puede ser mirada como una poderosa higiene, que es sumamente fácil de colocar al alcance de todas las clases de la sociedad, segun sus necesidades.

La generacion actual, nacida en la atmósfera de las grandes ciudades, hereda todas las debilidades de las anteriores generaciones, todos los vicios de constitucion debidos al mal régimen en que vivieron; triste patrimonio de

enfermedades que sin cesar la altera, que cada día la debilita mas y mas, la hace mas y mas impotente, amenazando quitarla todas las fuerzas que da la salud, hasta que se estinga como lámpara agotada.

Por tanto, necesita para subsistir renovarse con los elementos vigorosos que los campos le envia abundantemente, puesto que las ciudades gastan y destruyen de tal modo las generaciones, que podemos considerarlos como agentes de destruccion de la vida humana. Pues bien; las experiencias gimnásticas prueban que no solamente puede ser detenida en su marcha esta degeneracion de la especie en las poblaciones, sino que aun los individuos medio destruidos pueden verse completamente regenerados.

A. DE VIGNOLLES.

LA ROSA DE IVRY.

(CONTINUACION.)

Al notar Enriqueta que sus miradas estaban fijadas en ella con tanto fuego se levantó y miró en derredor con espanto.

—¡Oh! exclamó asustada, tengo miedo... tengo miedo... ¿Dónde está mi hermano?... Quiero ver á mi hermano.

—¿Has perdido la razon?... dijo el caballero levantándose y estendiendo los brazos para cogerla. Vamos, ven aquí, loca, da un beso á tu amigo.

—Dejadme, dejadme, contestó Enriqueta. Y lanzándose fuera del gabinete, huyó por las habitaciones próximas, perseguida por uno de esos terrores que no razonan, y que justificaba bastante todo lo que la rodeaba.

Ya hemos dicho que la casa estaba iluminada como en un día de fiesta.

La joven llegó hasta la última galería iluminada como lo demás, y cuyas paredes, ricamente adornadas, estaban llenas de retratos: era el museo á que hacia alusion al conde por la mañana, durante su conversacion con el caballero.

Se paró un momento, deslumbrada por el brillo de las bugías y por el aspecto de aquellas imágenes que parecian salirse de sus cuadros y fijar todas juntas en ella sus miradas.

Mas, de repente, en aquella reunion de jóvenes y encantadoras imágenes, permaneció sorprendida por una de las mas bellas, y precipitándose hacia ella, se prosternó como ante una santa, estendiendo los brazos y exclamando entre sollozos:

—¡Madre mia! ¡madre mia! protégeme....

El caballero que llegaba entonces, se paró en el umbral de la puerta, al oír aquel grito:

—¡Tú madre!... repitió sin atreverse á dar un paso mas, ¡tu madre!...

—Sí, mi madre. Era yo muy joven cuando la perdí; vivíamos en Touraine y aunque hace mucho tiempo de eso, sus facciones han quedado grabadas en mi corazón. Ella es la que veo ahí y ya nada temo... ¡ella me protegerá!

Al decir estas palabras, se levantó, animada de una confianza sublime, y se acercó al retrato que parecia protegerla y sonreírle.

El caballero apoyó la mano sobre su pecho que latía con vehemencia y hablándose á sí mismo, murmuró:

—¡Con que era esto lo que yo sentía!... voz de la sangre no es una palabra vana.

Y adelantándose, prosiguió:

—¡Enriqueta!

—¡No os acerqueis!... ¡No os acerqueis!... respondió la joven sin poder calmar sus sospechas.

—¡Este es mi castigo!... se dijo el caballero á sí mismo en voz baja. ¡Nada temas, prosiguió despues mas alto; lo juro por la memoria de aquella á quien invocas y cuyo nombre llevas, nada tienes que temer, porque posees aquí á un amigo... á un defensor... á un padre!...

—¡Un padre! dijo la joven tranquilizada por aquel juramento y aquella palabra.

—Sí, Enriqueta, un padre á quien no negas

el beso que no querias dar al amigo, aunque éste te lo vuelva á jurar, sentia por tí uno de esos afectos puros que á nadie avergüenzan.

—Pero esta imagen... ¿cómo se encuentra aquí, en esta habitacion suntuosa en medio de tan principales señoras?

—No lo preguntes nunca... por ella misma, que murió martir; por mí, que quiero dar una satisfaccion á su memoria.

—¡Pobre madre... engañada como yo... desgraciada como yo!... ¡Pronto me veras allá arriba!

—¡Tú morir! ¡No, no, te lo prohibo!... Reconozco mis faltas, Enriqueta, y sabré enmendarlas. Las promesas que le hice á ella para su fortuna y su felicidad, yo las cumplire contigo. Serás feliz y todos te considerarán: es mi voluntad. Mas tú, ¿no harás nada por mí?...

Le abrió sus brazos, donde se precipitó ella llorando de dolor y de alegría á la vez.

Despues de haberse mutuamente abrazado y derramado abundantes lágrimas, llamó el señor de Vandanne á un criado y le dijo:

—Vé al momento á casa del señor de Tournil y dile de mi parte que venga. Aquí le espero. Búscale donde quiera que esté.

—¿Qué vais á conseguir viendo á ese hombre?

—Cálmate, hija mia; no te asuste ya mas su nombre. El conde es tu marido ante los hombres, es preciso que tambien lo sea ante Dios.

Enriqueta se cubrió el rostro con las manos, y meneando la cabeza en muestra de duda, contestó:

—Obrad, mandadme y disponed de mí... pongo mi destino en Dios y en vos... Mas ¿no me direis lo que ha sido de aquel á quien debo tambien respeto y sumision, de Vicente, mi hermano ó mas bien el hermano de mi madre?

—Ha desaparecido no há mucho, en el palacio del conde, en medio de un escándalo que te contaré mas tarde... Ignoro á dónde ha ido... mas tranquilízate. De seguro se presentará en casa de la marquesa, ó quizá en la del conde. Voy á mandar á mis criados mas listos á fin de que averigüen su paradero, quiero que esté antes de amanecer con nosotros.

—Gracias, monseñor.

—Llámame tu padre, y si he sido culpable, ten presente que las apariencias han estado contra mí, todavía mas que mis intenciones. Cuando abandoné bruscamente á tu pobre madre, creia yo volverla á ver, y hacer al menos por ella lo que estuviera en mi poder. Los sucesos, el servicio del rey, la guerra, me detuvieron, y cuando volví á Touraine, tuve á la vez noticia de su muerte, de tu nacimiento y de la desaparicion de tu tío que te llevó consigo. Intenté resignarme, y conseguí que uno de mis amigos, muy buen pintor, que habia conocido á Enriqueta, me hiciera ese retrato, que he tenido la vanidad reprensible de colocar aquí, como el de la mujer á quien mas he querido y á quien mas he sacrificado.

—Gracias, gracias, padre mio... ¿Y Jorge?

—¿Qué Jorge? ¿Ese desertor que he hecho encerrar, sin saberlo ni desear mal alguno, en el For-l'Eveque?...

—¿Jorge en la cárcel?...

—Tanto mejor; éste sabemos al menos de seguro dónde está.

—¿No corre ningun peligro?...

—¿Qué emocion te causa su aventura!

—¡Ah! Despues de mi hermano y despues de vos á nadie debo mas en el mundo que á él.

Este diálogo habia sido interrumpido por algunas caricias, suspiros y lágrimas, y por momentos de silencio mas elocuentes que la palabra, que lo habian prolongado mas de lo que nosotros hemos citado. Entregados á su ternura, ni el caballero, ni su hija habian notado un ruido que anunciaba la llegada de un coche.

Dubois entreabrió discretamente la galería para decir que acababa de introducir al señor de Tournil en el salon.

Al oír esta noticia, se levantó Enriqueta como por medio de una conmocion galvanica; sus párpados se cerraron y la palabra espiró en sus

labios; tuvo que apoyarse en el dintel de la chimenea.

—¿Qué habeis hecho, monseñor? murmuró la jóven, ¿Por qué llamar á ese hombre?

—Animo, hija mia... va en ello tu existencia, tu honor... Si alguien debe palidecer y temblar, no ha de ser la inocente, sino el culpable... Levanta la frente y ven.

—No me atrevo... no puedo...

—Ten valor... Las faltas, los crímenes de ese hombre son todavía mas odiosos que imaginas. Uniéndote á él, Enriqueta, le honras.

—¡Pero no veis que me inspira repugnancia!

El caballero le estrechó cariñosamente la mano para darle las gracias por esa palabra. Desde aquel momento, el galanteador habia muerto en él; solamente quedaban el hidalgo y el padre. Se enorgullecía de haber dado la vida á aquella noble jóven; la amaba por el odio mismo que le inspiraba el conde; la apreciaba por el desprecio que sentía hácia su seductor.

Estos dos sentimientos estimulaban el plan que habia formado en su cabeza. Quizá no hubiera consentido en darle á Enriqueta débil y afectuosa; mas queria sentar al mismo tiempo la reparacion que se le debia y el castigo que merecia el culpable, obligándole á ejecutar todas sus obligaciones.

—Piénsalo bien, Enriqueta; por el que llamas tu hermano que se ha consagrado á tu felicidad; por mí, que soy tu padre; por el mundo, por los que amas y por tí misma, es preciso que esto se lleve á cabo.

—No, exigís lo imposible... la idea de acercarme á él me turba y me mata.

—Pues bien, yo le veré primero; le anunciaré el descubrimiento que acabo de hacer; sabrá que eres mi hija y si retrocede... pero no, estoy seguro de que consentirá.

—Id, pues, padre mio... el cielo y mi madre nos ayuden y nos inspiren.

—Reza por el conde, hija mia.

El señor de Vandanne articuló estas palabras con un acento extraño, concentrado, que hizo pasar ante los ojos de Enriqueta una nube de sangre. Al besarla él, sintió la pobre jóven que sus labios estaban helados.

Quiso dirigirle una palabra, una súplica, mas ya se habia marchado al encuentro del conde de Tournil.

XV.

LA PRISION DE TERCIOPELO.

Las sacudidas de aquel día eran de esas que no hieren impunemente el carácter mas fuerte. Se leían aun en la fisonomía, en el aspecto y en el traje del coronel. Profundos surcos aparecian en sus mejillas; un círculo negro, como el que deja una congestión de la sangre, oscurecía la parte inferior de sus ojos: su pupila estraviada no se fijaba en ningún objeto; las crispaturas nerviosas de sus dedos demostraban la persistencia de sus emociones, emociones puramente físicas, porque el ser intelectual parecia haber recibido un golpe del cual no habia vuelto.

Su pensamiento, lo mismo que su mirada, no se fijaba en ninguna cosa; su mente era un caos, un pandæmonium donde rugían, donde se chocaban visiones indefinidas, vagos zumbidos, proyectos incompletos, ideas confusas.

Al saber que el señor de Vandanne le mandaba llamar, se habia arrojado maquinalmente en su coche, y habia llegado, sin que el ruido sordo de sus pensamientos hubiera dejado de armonizar con el del carruaje.

No recobró la conciencia de sí mismo hasta que tocó al suelo, y por primera vez se preguntó qué podía querer el tutor de la marquesa, por qué le mandaba llamar con tanta prisa, y con qué objeto elegía para una entrevista que no podía ser sino grave, un sitio que tan poca relacion tenia con sus tormentos.

La condujeron, sin que profiriese una palabra al salon, donde se sentó maquinalmente; no tenia ya el sentimiento del tiempo; cuando apareció el caballero, no habia notado su tardanza.

La hizo un saludo casi imperceptible, y dejó que se sentara á su lado, sin decir una palabra.

—Os doy mil gracias por haber venido, querido conde, dijo el señor de Vandanne.

El conde comprendió que habia que prestar atención y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, contestó:

—Me habeis llamado con tanta urgencia...

—Porque se trata de un asunto muy importante.

—Estoy dispuesto á escuchar muchas cosas, coballero; mas os tengo por un hombre de demasiado buen gusto para recordarme los incidentes de la calle de Santo Domingo; además os declaro de antemano, que no admito siquiera una alusion sobre el particular.

El conde se habia animado, su acento habia tomado su timbre natural, y el amor propio herido le volvió su presencia de espíritu.

—Mi intencion no es la de insistir en tan enfadoso suceso. Se trata de otra cosa, que á ambos nos interesa, á vos y á mí.

—Entonces, hablad; os escucho; aunque si he de decir la verdad, no me siento en disposicion de tratar de negocios.

—Este, sin embargo, os interesará lo bastante para distraer vuestras preocupaciones.

El conde meneó la cabeza en señal de duda, y se recostó en la silla con ademan de fastidio que significaba: Hablad, ya que estoy condeñado á escucharos.

El señor de Vandanne hizo como que nada notaba, sabiendo que aquella indiferencia cedería en breve ante el interés. Por eso prosiguió:

—¿Recordais por qué me hallo esta noche en esta morada?

El conde sintió como un estremecimiento desagradable que dominó bajo una apariencia de serenidad.

—Sí... una aventura... una especie de rapto de los mas tiernos. ¿Deseábais quizá verme, para contarme su resultado?

—Precisamente, querido conde; pues el resultado ha causado una revolucion en mi existencia, y la causará tambien en la vuestra.

—Confieso que no comprendo...

—Es en efecto uno de esos sucesos estraños, novelescos, imposibles, que á veces se verifican, en mí teneis la prueba, pero que al mismo tiempo no se desean, y en los que no se cree.

—Estais excitando sobremanera mi curiosidad.

—¿No habeis notado en mi galería de retratos, el de una jóven aldeana?

—Una conquista pastoral que os honra, y que ha debido causaros grandes alegrías.

—Decid mas bien, remordimientos, querido conde y acertareis.

—Os encuentro triste, caballero. ¿Habrá llegado hasta vos mi tristeza?

El conde, al pronunciar estas palabras se rio de mala manera.

—No estoy triste, sino sério, querido amigo, y os ruego seriamente que me escuchéis con atención.

—No me reiré mas, aunque francamente lo hubiera preferido.

El caballero meneó la cabeza.

—Tambien quiero ser franco; no hay que hacerse ilusiones: teneis todavía menos ganas de reiros que yo.

—Pues bien, es cierto; ¡llevo el infierno en el corazon!... Quisiera devolver á alguien el mal que me han hecho; el odio, un odio inmenso me oprime el corazon; si no me vengara, me ahogaria... ¿me comprendéis?... No me habeis, pues, de vuestros amores, de vuestras elegías... no me hallo en estado de escucharos.

—Teneis que escuchar el fin de mi confianza; tranquilizaos, será tan breve como decisiva.

—Por mi honor, me estais disgustando, caballero.

—Por el honor, sin embargo, me habeis de prestar atención. Esa jóven, á quien engañé con falsas promesas, llegó á ser madre... mi abandono la mató, y he estado diez y ocho años sin encontrar á su hija...

—¡Enriqueta!...

—Es mi hija, á quien habeis arrojado en mis brazos, á quien un golpe del cielo me ha hecho conocer, sin que mis labios—Dios lo ha permitido—hayan pronunciado una palabra que la sonrojara.

—¡Enriqueta... vuestra hija!

Repitió el conde, que vió venir por este lado una tormenta no menos temible que la que habia sufrido aquel día, aunque esperaba arrosstrarla con mas resolucion.

—¿Nada os dicen esas dos palabras, conde?

—Nada, á fe mia.

—¿No os dicen que si no podia el conde de Tournil resignarse á casarse con la hermana del artesano Vicente Cousin, puede ya dar su nombre á la hija del caballero de Vandanne?

—Ahora comprendo menos, dijo con desden el coronel.

El caballero estaba dispuesto á conservar su serenidad.

—Porque no quereis comprender, pues me parece que me explico con mucha claridad.

—No quisiera disgustaros, pero por mas que hagais, Enriqueta será siempre la hermana de Vicente Cousin, y las pocas gotas de sangre noble que corren por sus venas son bastardas.

—Mas, yo la adopto, conde.

—Teneis buen corazon, pero eso no cambiará en nada mis resoluciones; no sera jamás mi mujer.

—¿Olvidais que un documento auténtico le da ya ese título?

—La consagracion de la Iglesia falta felizmente á tan lindo casamiento, y le faltará siempre. Esta es mi última palabra... y puesto que no me habeis llamado con otro objeto, permitidme que me retire.

El conde fue á levantarse.

—Dejadme que os haga todavía algunas observaciones.

—Procurad, pues, que sean cortas.

—Os he dicho algo acerca de mis remordimientos al pensar en aquella pobre jóven, perdida por mi culpa. ¿No teneis tambien sentirlos al pensar en Enriqueta?

—¿Y vos, dijo el caballero con acento burlesco, no teneis que la moral no siente muy bien dicha por vuestros labios, en este sitio poco acostumbrado á oír y especialmente á contemplarla?

—Vos habeis perdido, habeis arrastrado á esa jóven, que ha cedido ante vuestros juramentos...

—¿Qué quereis, caballero? me ha gustado vuestra divisa y la he adoptado.

—Enriqueta no ha amado á nadie mas que á vos.

—Y no me decíais vos esta mañana: Si se tomara el amor por lo serio, habria en la existencia un lirismo intolerable; no hay como cambiar para ser feliz.

—El caballero se mordió los labios; le batián con sus propias armas.

—Os falta generosidad, señor conde, contestó aquel friamente. Olvidais siempre que entre el hombre de esta mañana y el que os habla en este momento, ha tenido lugar una separacion profunda. Sed, pues, formal con un padre que os suplica que deis satisfaccion á su hija.

—Esto parece ya una inquisicion intolerable, en la que me armais un lazo. Os digo resueltamente que quiero salir.

El coronel se levantó y el caballero le detuvo de nuevo.

—Antes, hay ahí una pobre jóven á quien no negareis una audiencia.

El señor de Tournil contestó con un murmullo de despecho y de impaciencia. El caballero acababa de dejarle solo y no sabia si salir de la habitacion inmediatamente ó esperar la entrevista con que se le amenazaba. El miedo de parecer temerla le detuvo.

Dió dos ó tres veces la vuelta á la pieza con una agitacion febril, reaccion natural de su atonia. Todas las malas pasiones cuyo germen llevaba en sí estallaban en aquel momento en medio de su impetuoso parasismo. El caballe-

ro se habia completamente engañado al creer que la intervencion de Enriqueta, su presencia, su acento, en otro tiempo sensibles al conde hasta el punto de arrancarle su palabra de casamiento, tendrían bastante poder en esta ocasion, cuando ya habia perdido la esperanza de cualquiera otra union, para volverle á ella. No le parecia imposible que el conde concediera á los ruegos de una mujer á quien habia amado, lo que creia no poder conceder sin humillarse á las súplicas algo imperiosas de un hombre que era su igual.

De todos modos, sentia que por sí mismo nada conseguiria, sino se valia de la fuerza; y sin rechazar del todo este último, queria probar todos los demás.

Entrando, pues, en la galería donde le esperaba su hija, fijos los ojos en el retrato de su madre, á quien pedía que le diera valor, la resignacion que tanta falta le hacia, le dijo rápidamente:

—Me marchó una hora á ocuparme de Vicente y de Jorge, que me tienen con cuidado. Entra ahí, tu marido te espera. Concluye mi obra, y que no salga de esta casa uno para llevarte al altar. Que sepa, si es menester, que dispones de él, y que no pueda, sin esponer su cabeza, intentar pasar sin tu permiso el umbral de esta casa. Voy á dar órdenes en consecuencia, y este permiso no lo concederás sino cuando te haya dado las satisfacciones y las palabras formales á las que tienes derecho. Sé mi hija en todo y ten valor...

Al concluir estas palabras, la cogió de la mano, la condujo hasta el salon, y cerrando la puerta dió orden de que se tomaran las disposiciones que acababa de anunciarle. Nada



El duque de Orleans.

era mas fácil, gracias á la aplicacion de aquella morada, cuyo alegre aspecto disimulaba muy bien la solidez y los recursos de un castillo en miniatura. Las ventanas doradas estaban forradas de hierro, los enrejados de las espalderas, cubiertos de plantas trepadoras, se manejaban como las verjas de una cárcel para cerrar todas las aberturas; hasta los gabinetes magníficamente adornados estaban dispuestos de modo que formaban celdas discretas, tan á propósito para ocultar á un cautivo como para ahogar su voz.

Las reflexiones á que se habia entregado Enriqueta invocando la memoria de su madre, la última exhortacion del caballero, en fin el

pensamiento de agradar á Vicente, á quien seguía llamando su hermano, dieronle ánimo contra sus aprensiones y su profunda repulsion. Para agradar á los que tanto la amaban, se acercó al que la habia engañado...

No nos atrevemos á decir cuán violenta fue la acogida que le dispensó el conde, cuando se presentó Enriqueta tan bella, tan noble y tan fria, mas involuntariamente cedió á su sorpresa. Para no quedar debajo en aquella entrevista, refrescó su rabia, ó al menos, en vez de dejarla estallar, la disimuló con sutileza bajo una actitud insolente y un tono sarcástico venenoso.

(Se continuará.)

EL COMPROMISO

DE CASPE.

(CONTINUACION.)

Digno es de observarse en este lugar que en medio de los disturbios políticos que assolaban los Estados de Aragon, no faltó quien pretendiera desgajar de ellos alguna parte aunque pequeña, para aumentar su poderio. Propúsose pues, Mateo de Fox, vizconde de Castalbó, aprovechando la turbacion general, recuperar la baronía de Martorell que perteneció á sus padres, confiscada por el difunto monarca, y para salir con la empresa, envió secretamente á su capitán Mossen Arnaldo de Santa Coloma, quien se apoderó sin resistencia de Castelví de Rosanes. (El conde de Urgel), que despues de la lectura de Alcañiz no perdonaba medio por recobrar la benevolencia del parlamento catalan, algun tanto resfriada, participó haber intimado al vizconde que no metiera tropas en el principado, pues de lo contrario se veria



La caza de los castores.

precisado á contradecirlo con la fuerza; mas lejos de agradecer la oficiosidad de don Jaime, aconsejóle el parlamento que no se mezclase en asunto alguno; respuesta que tuvo el desairado magnate por desatenta, participando á la Asamblea, no sin descubierto enojo, que así como le daban consejo y requerían no tomase las armas, gustaría saber qué consejo había ella tomado para reparar en Aragon y

Valencia los daños y entradas de las gentes que cada día venían de Castilla y se hallaban en aquellos reinos, estorbando y dilatando así la cumplida declaración de la justicia.

Contestóse al conde en términos generales como otras veces; pero á pesar de todo, su enojo y el resfriamiento de la Asamblea catalana eran ya públicos y notorios. Decía el de Urgel que se extrañaba mucho del poco

favor que había hallado en la nobleza del principado, y mas aun de que dudasen de su justicia, siendo así que hasta allí se había dicho siempre que faltando la línea masculina de los condes de Barcelona y reyes de Aragon, á él y no á otro alguno tocaba la corona. Manifestaba asimismo que no podía ocultar por mas tiempo la indignacion con que estaba viendo que una vez llegado el caso, se había pues-



Modas de la estación.

to en tela de juicio la bondad de su causa, y que se pretendiera confiar la declaración de su derecho á jueces letrados, oponiéndose á que tomase posesion de tierra como cosa suya y herencia de sus mayores. Añadía que solo por complacer al parlamento y á la ciudad de Barcelona (que se lo rogaron), había despedido la gente de guerra que tenía, cuando murió el rey don Martin; lo cual no habría hecho si no creyera que todos le habían de ayudar, sin hacer cuenta del infante de Castilla ni de los otros competidores. Observaba tambien, según le persuadieron sus parciales, que si los catalanes le hubieran aclamado rey, luego que murió su tío y cuñado, habrían pasado por ello aragoneses, valencianos é insulares, así como lo hicieron al fallecer el rey don Juan, pues aun cuando quedaban hijas y estaba ausente de estos reinos el infante don Martin, porque así lo

quisieron los concellers de Barcelona, el arzobispo de Tarragona y otros magnates, proclamaron por reina á su mujer la infanta doña María, y sin aguardar el consentimiento ni pedir parecer á los demás reinos, todos se conformaron con lo hecho, postergando las hijas de aquel monarca; insistiendo en que si hubieran hecho ahora otro tanto, todos se hubiesen avenido. Pero, pues que no querían obrar ahora como entonces, no le estorbaran al menos el pensamiento que tenía de salir por el reino con tropas, é impedir las entradas que los castellanos hacían en Aragon y en Valencia, fortificándose en varios puntos, sin que nadie les resistiera. Alegaba finalmente, que nada sentía tanto como el que hallásemos favor el infante en Aragon, siendo forastero, que no él en Cataluña, siendo natural de ella y emparentando con toda su nobleza, que era la que de-

bió tomar su causa con mayor empeño, si ponerla en manos de jueces y letrados. Pero ningún caso hicieron los parlamentos de estas quejas y razones del conde, y mucho menos el infante castellano, quien (según dicen los historiadores) se fortificaba de tal manera, que en el caso de no adjudicársele la corona, antes de que el conde ó los catalanes se le opusieran, podría por sí mismo apoderarse del reino.

Ardía de nuevo el de Valencia en civiles disturbios en los primeros meses del año 1412. Había tenido allí al principio muy general aceptación y partido el de Urgel aun entre los dos bandos de Centelles y Vilaregudes, pues si bien mantenían entre sí particulares odios y rencores que solo parecían aplacarse derramando sangre, en lo que tocaba á la persona del conde habían estado todos acordes, desandando tenerle por rey y señor. Daba no pequeño

bulto á esta parcialidad la gente menuda, apasionadísima del conde, á quien, como va dicho, seguía el gobernador mostrándose en esceso intolerante y cruel para con los Centelles. Llegó á tanto el atrevimiento de este funcionario, llamado Guillen de Bellera, que so color de justicia hizo ahorcar y decapitar por fútiles causas mas de cuarenta honradas personas de aquel partido. Persuadidos los Centelles de que obtendría don Jaime de Aragon la corona, recurrieron á su autoridad para que castigase los excesos del gobernador, restituyendo al reino la paz y quietud apetecidas. Pero faltó el de Urgel de prevision y de buenos consejeros, lejos de granjearse el afecto de los dos bandos, cortando, como se habia menester, sus disidencias, desoyó las súplicas de los Centelles, y se inclinó descubiertamente á favor de los Vilaregudes, cuya cabeza, segun va apuntando, era el gobernador, creyendo así que sería incontrastable su poder, reducidos á la impotencia aquellos nobles. Engañábase; pues resentidos los Centelles de que el de Urgel, cuando se le esperaba neutral, se habia echado en brazos de los Vilaregudes, se declararon por don Fernando, pidiéndole auxilio contra los amigos del conde, de la misma manera que en Aragon lo hicieron los Urreas contra los Lunas, sus rivales. No aguardaba el infante mas honesta ocasion y legítima excusa para meter en Valencia sus hombres de armas, como lo habia hecho en Aragon; y sin perder tiempo envió en socorro de los Centelles diversas partidas de castellanos, que pusieron á los Vilaregudes en la necesidad de solicitar de su protector 400 caballos, con que atajar los desmanes de sus enemigos. Corria Gilberto de Centelles, hermano de Bernardo sin contradiccion alguna los campos de Valencia, seguidos de muchos barones; y habíase apoderado en no lejana ocasion de 6,000 cabezas de ganado, fruto de cohechos y aun declarados robos, con que el teniente de gobernador, Juan de Vilaregut, maltrataba y oprimia á sus contrarios. Con mucho séquito de nobles y caballeros, amigos del conde, pasaba entre tanto Ramon Perellós al reino de Valencia, para favorecer al gobernador Guillen de Bellera y á la parcialidad de los Vilaregudes. Por las márgenes del Segre, marquesado de Aytona y ribera de Ebro, llegaron á Cherta, que está á una legua de Tortosa; y noticioso el Parlamento de Cataluña de tales movimientos, mandó á don Francisco de Erill que se dirigiese á Cherta, para requerir al capitán Perellos que se volviera á Cataluña y entendiese que el parlamento quedaba ofendido y consideraba como un desacato el atrevimiento de ponerse á vista de Tortosa con gente de guerra. Al mismo tiempo enviaba á la Asamblea al conde y al infante nuevos embajadores para que sacaran sus tropas del reino de Valencia. Mas desvanecido Ramon de Perellós, y pagándose de fiel vasallo, contestó que tanto él como los que le seguían iban solo á socorrer los amigos del conde, que en Valencia se hallaban oprimidos, no retrocediendo en aquella demanda sin orden expresa de su señor, pues la defensa de los agraviados era de derecho natural, lícita y permitida á cualquiera. Tomó, pues, la gente del conde el camino de Castellon á Burriana, á donde llegó en breve, mientras Juan Fernandez Heredia, con 700 ginetes, se metía en Murviedro y reforzaba el bando de los Centelles. Tenian estos tomados todos los pasos de tal modo, que nunca pudo Perellós juntarse con el gobernador Guillen de Bellera; y viniendo á las manos entre tanto Centelles y Vilaregudes, trabóse formal batalla, de que resultó muerto el gobernador de Valencia y victorioso el bando que favorecía el del infante. Recibió éste la noticia de aquella victoria, que le daba entera superioridad sobre el conde, con estremada alegría, y escribió al parlamento de Tortosa, á 14 de Marzo, pues cesaban en Valencia los bandos y quedaban vencidos los alborotadores, procurase declarar cuanto antes quién de los pretendientes tenia mejor derecho á la corona.

No deseaban, en verdad, otra cosa los parlamentos; porque con la muerte del arzobispo de Zaragoza habia cundido la discordia de nuevo, y enardecidas las pasiones, era de temer estallase la guerra general, afortunadamente conjurada tantas veces. Al cabo y despues de muchas juntas, pláticas y mensajes, entre los tres parlamentos, entre los gobiernos y diputaciones de las ciudades, y entre los ricos-hombres é infanzones, prevaleció la idea del Congreso de Arcañiz que arriba indicamos, y se resolvió confiar á nueve personas sabias, virtuosas y prudentes el exámen del derecho de cada competidor con el fallo y eleccion de soberano.

Acercábase por fin el dia en que, ocupando el trono, cesaran las arbitrariedades y tiranías de los bandos militares, quitado ya todo legítimo pretesto; pero no parecia sino que cuando mas se aproximaba el anhelado momento, mas arreciaban los esfuerzos de los competidores y sus aficionados, mostrándose todos recelosos de que no obraran los jueces con entera lealtad, buena fe y limpia conciencia. Protestaron por lo mismo varios de ellos contra el nombramiento de personas que no fuesen de su confianza, presentando el rey de Francia y el conde de Urgel cada cual una lista de las que le serian sospechosas, y propasándose este último á manifestar que solo en lo que fuese justo se avendría al fallo de los jueces que se nombrasen. Poco efecto hicieron semejantes protestas, si bien juzgaron oportuno los parlamentos dar á los pretendientes nuevas seguridades de que se obraría como siempre de buena fe, con imparcialidad y justicia; y hecha esta general manifestacion, se procedió luego á estender auto de la concordia sobre la manera de declarar sucesor al último monarca, cuyo contenido en resumen era el siguiente:

1.º Que el negocio de la sucesion se cometeria á nueve personas de pura conciencia y buena fama, y tan constantes que prosiguiesen hasta el fin asunto tan árduo, debiendo declarar y nombrar la persona á quien segun justicia, se debia prestar el juramento de fidelidad; señalandoles para deliberar el castillo de Caspe, de la órden de San Juan, y su pueblo, con amplia jurisdiccion, consentida y aprobada con plena voluntad y autoridad del Sumo Pontífice.

2.º Que estas nueve personas fuesen graduadas de la manera siguiente: tres en primer grado, tres en segundo y tres en tercero; y que no pudiesen llevar mas de cuarenta personas con armas ó sin ellas.

3.º Que aquello que los nueve ó seis de ellos declarasen, con tal que en estos seis hubiese de cada pais, se tuviese por cierto, firme y valedero.

4.º Que dicha declaracion debia hacerse desde 29 de marzo á 29 de mayo, pudiéndose prorogar este tiempo si parecia á los nueve jueces, con tal que no pasara del 29 de julio de aquel año de (1412).

5.º Que hiciesen voto á Nuestro Señor y jurasen con gran solemnidad, despues de haber confesado y comulgado públicamente, que procederian en aquel negocio lo mas presto que pudiesen, y que, segun Dios, justicia, y buena conciencia, publicarían el verdadero rey y señor, pospuesto todo amor y oido, y que no revelarían antes de la publicacion su intencion ni voto, ni el de sus compañeros.

6.º Que fueran los competidores oídos á medida que compareciesen, y llegando dos juntos, oyeran los jueces á quien mejor les pareciera.

7.º Que estando alguno de los nueve impedidos, los ocho nombrasen en su lugar, otro del mismo pais ó reino.

8.º Que para la guarda del castillo, jurisdiccion y gobierno de la villa, fuesen nombrados dos capitanes, uno aragonés y otro catalán, teniendo cada uno á sus órdenes cincuenta hombres de armas y cincuenta ballesteros, jurando guardar y obedecer á los nueve compromisarios.

9.º Finalmente, que nadie pudiese acer-

carse á distancia de cuatro leguas con gente de armas, de veinte hombres de á caballo arriba, sino los heraldos de los competidores, no pudiendo llevar por cada embajada mas que cincuenta personas y cuarenta cabalgaduras; debiendo permanecer reunidos los parlamentos hasta la publicacion de rey, y prometiendo todos que no revocarían el poder dado á los nueve, acatando sin reparo alguno al nuevo monarca.

Tan luego como fue esta concordia firmada (16 de febrero de 1412), se enviaron atentas comunicaciones ó cortesés avisos á todos los pretendientes; es á saber: á don Jaime de Aragon, conde de Urgel; á don Luis, duque de Calabria, al infante don Fernando de Castilla; á don Alfonso, duque de Gandia (que murió antes de la declaracion y en su lugar fueron pretendientes su hijo don Alfonso y su hermano don Juan), á don Fadrique, conde de Luna, y á la reina doña Violante é infanta doña Isabel.

Faltaba designar los nueve jueces ó compromisarios que debían reunirse en Caspe; y si bien la eleccion recayó unánimemente en nueve dignísimas personas, aun ocurrieron antes algunas ligeras disidencias. Legaron á Tortosa ciertos embajadores de algunos valencianos, congregados en Morella, y protestaron, segun consta por documentos coetáneos, no deber los catalanes y aragoneses pasar, como pensaban, al nombramiento de los jueces, sin la intervencion de los dos parlamentos de Morella y Vinaroz, ó á lo ménos del que no se habia opuesto á concurrir con los diputados por los de Aragon y Cataluña. No debían verdaderamente tomar parte en la eleccion solo los de Vinaroz como estos pretendían; y para terminar semejantes diferencias contestaron los de Arcañiz á los valencianos que parecia bien que nombrasen uno de la congregacion de Vinaroz, como Bonifacio Ferrer, sábia persona de aquel parlamento; y los otros dos de su pais que debían elegirse para completar el número de tres, nombraría uno el parlamento de Aragon y otro el de Cataluña.

Habian los aragoneses dado poder al justicia y al gobernador de Aragon para que nombraran los nueve compromisarios; y si bien lo hicieron, recayendo la eleccion en varones de toda virtud y confianza, oponíanse los catalanes, por querer tomar tambien parte en ella. Resolvió, pues, el parlamento de Tortosa dar á una comision de veinte y cuatro individuos de su seno, que ya de mucho antes habia nombrado para dilucidar las mas árdas cuestiones, á fin de que dicha comision designara los nueve jueces, y fue ciertamente cosa singular en extremo que resultasen elegidos los mismos nombrados antes por el gobernador y el justicia, quedando de esta manera conformes los dos reinos en la eleccion, é igualmente el de Valencia, cuyos embajadores la aprobaron.

Concordes, pues, y unánimes los parlamentos, publicaron en Tortosa con un auto solemne á 16 de marzo de 1412, los nombres de las nueve personas que iban á fallar el gran pleito de la sucesion á la corona. Eran, por este reino, don Domingo Ram, obispo de Huesca, doctor en cánones; Francisco de Aranda, natural de Teruel, donado de Portaceli, de la órden de la Cartuja, y Berenguer de Bardaxí, letrado famoso; por Cataluña, don Pedro Zagarriaga, arzobispo de Tarragona, licenciado en cánones; Guillen de Vallseca, doctor en leyes, y Bernardo de Gualbes, doctor en ambos derechos; y por Valencia, Bonifacio Ferrer, prior general de la Cartuja, doctor en cánones; fray Vicente Ferrer, del órden de Predicadores, maestro en teología, y Janer ó Giner Rabassa, doctor en leyes, «hombre íntegro y muy estimado patricio. Mas habiéndose este último fingido demente, por no tomar sobre sí acaso con mucha cordura, tan grave compromiso, se nombró en su reemplazo á Pedro Beltran, varon de grandes prendas y virtudes. Fue tan acertada esta eleccion que mereció la aprobacion universal: todos gozaban fama de sabios, virtuosos y prudentes, y entre todos resplandecía, como un lucero luminoso,

«el célebre apóstol Fray Vicente Ferrer.» Y era tanto lo que confiaban de él el conde don Jaime y sus amigos, que á 24 de marzo el conde de Cardona y otros muchos suplicaron al arzobispo y á Mircer Bernardo de Gualbes (que el día siguiente habian de partir para Caspe) no hiciesen nada sin este santo varon y Mircer Guillen de Vallseca.

A pesar de ser estos nombramientos tan premeditados, conocidos ya ó tal vez antes de publicarse, como refiere Zurita, recusaron los embajadores de Francia y de la reina doña Violante á Bonifacio Ferrer y á Francisco de Aranda, por enemigos de aquel rey, al obispo de Huesca, por haber defendido antes á uno de los competidores, y á Berenguer de Bardaxí por recibir acostamiento de otro. Desestimáronse tales protestas por impertinentes y apasionadas; y con igual dignidad fueron rechazadas las livianas sospechas que Dalmacio Sacirera, grande amigo del conde de Urgel, varios nobles, sus allegados, habian esparcido contra alguno de los nueve compromisarios.

Mas dificultades presentó en aquellos críticos momentos la llegada de ciertos comisionados de la junta, que en Mequinenza habian tenido los parciales de los Lunas, presididos por el castellano de Amposta, los cuales protestando de cuanto se habia ejecutado, dieron por ilegal y nula la junta de Alcañiz, pues que faltaba en ella una gran parte de los ricos-hombres y barones del reino. Suplicaban al propio tiempo que el parlamento de Cataluña enviase sus comisionados á la reunion de Mequinenza, y que unidos y conformes eligieran juntos los medios mas adecuados de declarar la sucesion á la corona. Replicaron los prohombres de Tortosa con su entereza acostumbrada que habian tenido siempre por legítimo parlamento de Aragon el de Alcañiz, y que no debian volverse atrás en lo reconocido y decretado. Y sin detenerse ya los reinos en mas dudas y controversias, eligieron los tres castellanos ó alcaides de Caspe, uno por Aragon, otro por Cataluña y otro por Valencia, nombrando todos los parlamentos comisionados para ir á dicha villa, á fin de presenciar la declaracion, asi como una comision especial, que cuidase: 1.º, de poner paz á todos los pretendientes, de modo que, verificada la eleccion, quedasen en buena amistad y tranquilo reino; 2.º, de asegurarse por todos los medios que aconsejaba el decoro, de que juraria cumplir y guardar el elegido los privilegios, constituciones, usos y costumbres de cada reino, y seguiria en el gobierno del Estado y de su casa las huellas de sus antecesores. Con estas cuerdas prevenciones se abordaba, pues, la gran cuestion en que estaba cifrada la suerte de aquella monarquía. Procuremos esponer en el siguiente capítulo la solucion que recibe en el tribunal de los Nueve.

(Se continuará.)

MODAS DE LA ESTACION.

Fig. 1.^a Trage de calle.—Vestido de royal azul Méjico adornado con rizados y viases de gros negro. Cuerpo liso, alto y de peto. Manga de codo. Sombrero de terciopelo negro, flores azules y bridas negras.

Fig. 2.^a—Vestido de reps color de cuero. Cuerpo cerrado alto y con postillon. Manga de codo ajustada. El bajo de la enagua, la manga y el postillon están adornados por un rizado de gros color de cuero mas oscuro que el del vestido. Redecilla del mismo color.

Fig. 3.^a Niña de diez años.—Vestido de terciopelo negro escotado y de manga corta, con bias de gros blanco bordado de losanges de trencilla de seda negra guarnece el bajo de la falda, el cuerpo y las mangas. Redecilla blanca adornada de terciopelo negro.

EL RINOCERONTE DE LAS INDIAS.

Despues del elefante, el mayor ó mas corpulento de todos los cuadrúpedos es el rinoceron-

te, el cual tiene por lo menos 14 pies de largo desde la estremidad del hocico hasta el origen de la cola, siendo su altura de 7 á 8 pies. Casi no es superior á los demás animales sino en la fuerza, y en el tamaño del arma ofensiva que tiene mas arriba de la nariz y que le es peculiar. Esta arma es un cuerno durísimo, sólido en toda su longitud. Aliméntase de yerbas, toscas de cardos y otros arbustos espinosos, cañas de azúcar, semillas, pero nunca animales. Los rinocerontes no se juntan en tropas, son mas solitarios y agrestes que los elefantes.

A LA MEMORIA

DE DON BUENAVENTURA CARLOS ARIBAU.

Beati qui seminatis super omnes aquas...
(ISAÍAS, XXX. 20.)

Como la rama que huracan fusioso
Doblega, hojas y flores esparciendo,
La sincera Amistad, la dulce Patria,
Mustias inclinan la cabeza, y lloran,
Partido el corazon, tu ausencia triste.
Hondo lamento en las fraguras suena
Del nevado Monseny: entre las nieblas
Del Sacro Monte los sonoros ecos
Repítenlo sin fin, y allá en los mares
Que de la nave mallorquina en torno
Su hinchada furia con rumor quebrantan,
Bien como sorda tempestad retumba.

¡Mas ay! ¡Cuán presto el sol quema y disipa
La helada gota que en el rojo esmalte
Del clavel engastó la rubia Aurora,
Y la que hirviendo de los ojos cae
Sobre el monton de tierra aun removida,
Do en breve tiempo crecerá la yerba!

¿Y qué vale llorar? Ni un solo punto
Dado es al hombre contener la rueda
Que de los siglos las cenizas frias
En su giro eternal al viento esparce.
De la materia en los ocultos senos
El movimiento hierve, y de la muerte
Que la vida engendró, surge la vida.
Así los astros, que en fatales círculos
Del espacio cruzando inmensurables
La sublime region, cuando al sepulcro
Majestuosos declinan, de otros montes
Las negras sombras con su lumbre ahuyentan.
Solo Dios, solo Dios puede del tiempo
La corriente atajar, y en triste caos
El universo hundir, y hundir sin leyes.
Al trueno de su voz omnipotente,
Rotos de la atraccion los fuertes nudos,
Sus vallas forzarán los roncós mares,
Su manto azul encogerán los cielos,
Las estrellas caerán, y con espanto
Cegados de la luz los manantiales,
Negro sudario estenderá la muerte.
Como ladrón nocturno vendrá el día
De la ira tremenda. Ni los ángeles
Su nombre saben, que en la mente altísima
Del Padre celestial yace escondido.

¡Dichoso entonces quien la blanca veste
Empapada en la sangre del Cordero,
Las suplicantes manos levantara
Limpías de iniquidad! ¡Oh cómo en alto
Grito de Hosana que las piedras mueve
Prorumpirá Jerusalem divina
Sus doce puertas de esmeralda abriendo!
¡Oh cuál de gozo y resplandores llenas
Prosternadas caerán las almas justas
Del Juez Supremo ante el inmóvil solio!
«¡Gloria al Señor, al Santo, Santo, Santo!»
Ploclamarán los coros celestiales,
De inefable dulcísima armonía
Henchido el corazon, el labio henchido,
Las arpas de oro, con amor pulsando.
Solo allí la Verdad brilla inmutable,
La infinita Hermosura, el Bien supremo,
El principio y el fin.

¡Oh tierno amigo,
Que orillas de la mar tranquilo duermes
Al pie de tus montañas adoradas!
¡Felice tú, que en las opacas sombras
Del hondo valle resonar oíste
De la perdida patria el eco grato!
¡Dichoso tú, que de la eterna lumbre

El reflejo gozaste, apacentando
En el raudal sereno inagotable
De la verdad, el claro entendimiento!
¡Dichoso tú, que sin doblar la frente
Al caso adverso, el áspero camino
De la virtud con firme planta hollaste
Sin odio el corazon, sonriendo el labio!
¡Oh quién pudiera como tú en los muros
De la ciudad de Dios la sien rendida
Tranquilo reposar! ¡Si hasta tállegan
Los penetrantes ayes de la tierra,
Y estas lágrimas ves, piedad te inspiren.
Los que á la umbrosa márgen de los rios
De Babilonia mísera, odiada,
Lloramos á Sion, la muda cítara
En los sauces trístísimos colgando!

Contempla aquestos ojos, turbias fuentes
De llanto abrasador, mira estas manos
Huérfanas de virtud, del mundo esclavas
Este loco anhelar y hondos suspiros;
Del miserable corazon pedazos;
El pensamiento audaz, mónstruo de orgullo,
Por el inmundo cieno revolcándose
Con horrible impiedad, del vil sentido
Infame adulador, en ciega noche
Rebelde grito contra Dios alzando.
¡Oh! rómpase ya en fin el miserable
Vaso de corrupcion, la horrenda cárcel
Donde angustiosa el alma sufre y muere,
Y el puro ambiente ¡oh dulce amigo! pueda
Contigo respirar, libre y seguro.

¡Madre piadosa, que en tu casto pecho
Al dolor santo vivo templo abriste!
Mientras que el tiempo perezoso esconda
La luz del claro día en las airadas
Tormentas de la mar, sé Tú mi estrella.
Del tierno amigo, cuya voz repiten
De Monserrate las benditas cumbres,
Dime las sendas Tú: Tú, bondadosa,
Las rotas cuerdas de su lira préstame
Para cantarte, y que cantando pueda,
En la piscina del perdon lavado,
¡Oh Virgen de mi amor! ¡oh madre mia!
Triunfante saludar la blanca aurora

J. COLL Y VENÍ.

LA CAZA DE LOS CASTORES.

La caza de los castores en la América del Norte se verifica por medio de trampas, recurriéndose otras veces á las escopetas. El primer medio es mas preferido. Se colocan las trampas con anticipacion, se deja pasar la noche y al día siguiente se acude á ver el resultado. Los indios sobre todo son muy hábiles para cogerlos como refiere Juan Tanner, en sus memorias de la estancia que hizo de mas de treinta años en los bosques del interior de la América.

CANCION.

(SIGLO XV.)

Amor, yo nunca pensé
que tan poderoso eras,
que podrias tener maneras
para trastornar la fe,
fasta agora que lo sé.

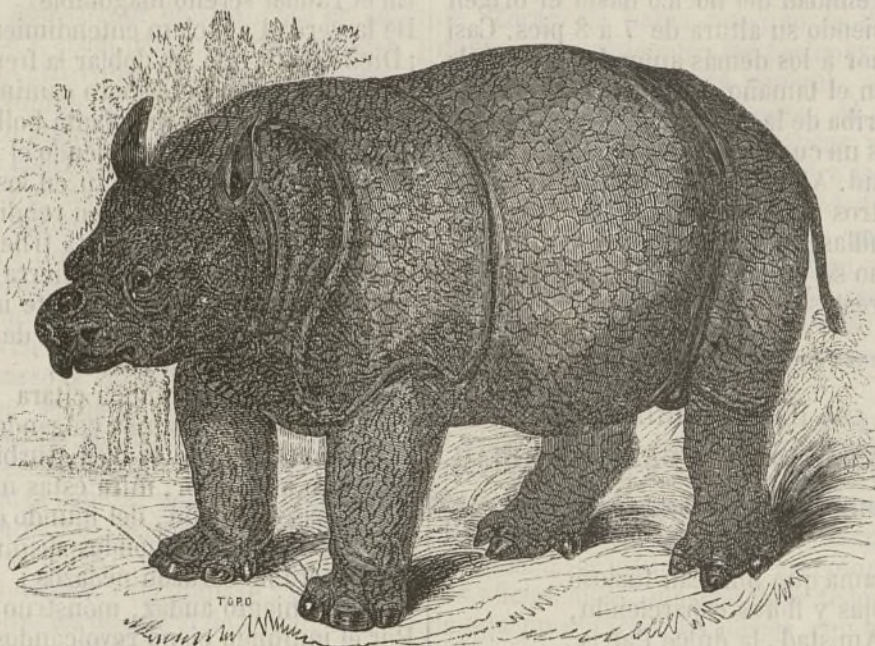
Pensaba que conocido
te debiera yo tener,
mas no pudiera creer
que fueras tan mal sabido.

Ni jamás no lo pensé
aunque poderoso eras,
que podrias tener maneras
para trastornar la fe,
fasta agora que lo sé.

JUAN II (DE CASTILLA.)

LOS DUQUES DE ORLEANS.

Varios han sido los duques de este nombre: Felipe II, hijo de Felipe VI llamado de Valois que murió sin posteridad en 1383. Luis, hijo



El rinoceronte de las Indias.

de Carlos V de Francia, asesinado en 1407 y Carlos, su hijo. Este título pasó á hijos de Francisco I, después á un hijo de Luis XIII, y á otros príncipes entre los que se contaron el duque de Orleans que tanto suena en la historia de Luis XVI.

¡ BELLO IDEAL !

ILUSION.

Ni la luna
Placentera
En noche de primavera,
Ni del sol el resplandor,
Son tan puros,
Ni tan bellos
Como los rubios cabellos
Del objeto de mi amor.

En su boca
La sonrisa
Es dulce como la brisa
De las mañanas de abril;
Y su aliento
Delicado
Como aroma embalsamado
De las flores del pensil.

En él pongo
Mi cariño;
Porque es tan bello mi niño
Como un ángel del Eden;
Soy su padre,
Por él vivo,
A su lado estoy cautivo
A así cautivo muy bien.

Y al besar su mejilla sonrosada
Con todo mi delirio paternal,
Desperté con dolor y... no ví nada,
Fue todo una ilusion... ¡ Bello ideal !

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

MOSSEN DIEGO DE VALERA.

Difícilmente se hallarian autores del siglo XV cuya memoria fuese tan digna de pa-

sar á la posteridad como Diego de Valera. Sus importantes escritos, los esclarecidos hechos de armas con que supo distinguirse, y su política hábil y conciliadora, merecieron el aprecio de los contemporáneos, alcanzando glorioso renombre entre los principales personajes de la época.

De claro entendimiento, de complexión robusta, que le hacia considerar como grato solaz el fragor de las batallas, de corazón blando y sencillo; fácil, castizo y erudito en sus escritos, consecuente en sus ideas políticas, galante con los extranjeros; hé aquí el retrato de Diego de Valera, segun deducimos de la lectura de sus producciones históricas y literarias, segun se desprende de los nobles arranques que tanto ennoblecieron su generosa existencia.

Habia nacido en Cuenca en 1412, y apenas contaba quince años cuando el rey de Castilla don Juan II le admitia en su servicio y le nombraba luego doncel de su hijo y sucesor el príncipe don Enrique. Desde entonces tomó parte en la guerra que el monarca castellano seguía contra los moros, y no contento Valera con los laureles que supo granjearse, salió de España en busca de nuevos peligros y aventuras, tan pronto como aquella concluía en virtud de treguas ajustadas por cinco años.

Recorrió Valera algunas cortes extranjeras, mereciendo grata acogida de los soberanos, que le colmaron de favores, y en presencia de uno de ellos dejó bien puesto el honor castellano que trataba de empañar con necias suposiciones un atrevido magnate. Volvió á Castilla en 1437, y satisfecho el rey don Juan de su arrogante comportamiento y de los auxilios que en lides extranjeras habia prestado su esforzada diestra, le dió su divisa del collar de la Escama, que concedía raras veces, y cien doblas para que se hiciese un yelmo de torneo, mandando además que de allí adelante se llamase *Mossen Diego*, dictado que equivale á *Monseñor*, y era entonces poco generalizado.

En 1443 era enviado Valera en embajada al ducado de Borgoña, á Dacia é Inglaterra, tomando después gran parte en los sucesos políticos de Castilla, memorables por acarrear la muerte del condestable, desde cuya época, hallándose fuera del servicio del rey, hubo de buscar el arrimo de alguna familia poderosa. Diego de Valera, á pesar de sus importantes

escritos y de sus nobles empresas, no poseía mas bienes que un arnés y un pobre caballo. Entonces, como ahora, los buenos servicios, los grandes desvelos no hallaban mas premio que la ingratitud y el desprecio.

Ignórase el año de su muerte. Solo se sabe que vivía en 1481 en el Puerto de Santa María, siendo de edad de sesenta y nueve años, habiendo ya compuesto la mayor parte de sus obras. Cuéntanse entre estas una notable *Crónica de España*; un *Tratado de las armas*; la *Defension de nobles mujeres*, y otros escritos históricos, políticos y morales, con varias cartas muy importantes.

El *Tratado de la providencia contra Fortuna*, le dirigió el autor al marqués de Villena en ocasión que este magnate se hallaba retirado en sus Estados por haber perdido la privanza del monarca castellano. En él le exhorta á armarse de constancia para combatir los reveses de la contraria fortuna. Su estilo elevado, al par que conciso y sentencioso; su dicción clara y elegante constituyen el *Tratado* en una de las mas preciosas joyas de nuestra antigua literatura.

ACTUALIDADES.

Varios periódicos se lamentan de que haya sido hasta ahora ninguno el galardón nacional que hayan merecido los dos artistas que han construido el monumento á Murillo, los señores Medina, autor de la estatua, y Rios, que lo ha sido del pedestal airoso en que descuelga, pues hasta sus nombres han carecido de aquella publicidad que la prensa concede á obras mucho menos importantes, y llaman acertadamente la atención de la Real Academia de San Fernando y del ministro de Fomento para que obrando en justicia no quede sin recompensa honorífica el servicio prestado por ambos artistas á la gloria de España.

El *Museo Universal* aboga justamente por la erección de un monumento á la memoria del ilustre estadista y poeta catalán don Buenaventura Carlos Aribau, y haciéndose eco de la prensa de Cataluña, dice que «honra de las naciones es la duradera memoria de sus hechos ilustres y de sus grandes hombres. La idea que vive en las obras inmortales es el gran monumento que labra el escritor con sus propias manos; pero el pueblo necesita caracteres que hablen á sus ojos, hechos y nombres esculpidos en mármoles y bronce. Cuando se trata de un ingenio tan esclarecido como el de Aribau, consumido en la vida activa y en importantes trabajos intelectuales que no llevan el nombre de su autor, cuando se trata de virtudes tan grandes y tan modestas como las suyas, salvar su nombre del olvido, es para el país que le vió nacer, algo mas que una generosa gratitud: es una obligación sagrada.»

REFRANES ANTIGUOS.

A mengua de carne, buenos son pollos con tocino.

El buey ruin en el cuerno cresce.

A poco pan, tomar primero.

Mucho hablar, mucho errar.

Tiempo tras tiempo, é agua tras viento.

Por todo le no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Mathen.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.